

Profesamos en el Credo que Dios ha creado “cielos y tierra”. Esta expresión se refiere a la creación entera, o, como el Credo Niceno explicita: “todo lo que existe, visible e invisible”. Una parte de la creación invisible ya ha sido discutida aquí, a saber, los ángeles, las criaturas puramente espirituales. Nos queda todavía por tratar el hombre, que combina en sí el orden visible y el invisible.

El mundo visible, por el contrario, incluye “cielos y tierra”, el cosmos que está más allá de nosotros, el firmamento y el mundo en el que vivimos, el planeta Tierra. La fe nos dice que todo esto ha sido creado (CiC 326). Sobre cómo los cielos y la tierra, cómo el universo llegó a ser, existen numerosos descubrimientos científicos, hipótesis y teorías. ¿Comenzó el universo con un “Big Bang”? ¿Continúa expandiéndose? ¿Cómo surgió nuestro sistema solar? ¿Cómo es que en medio de las poderosas fuerzas del cosmos existe un planeta con condiciones tan poderosas en que sea posible la vida?

El auténtico conocimiento científico-natural no puede contradecirse con la fe (CIC 159). Lo que ninguna ciencia humana puede explicar, es la cuestión más fundamental del pensamiento: “¿Por qué existe algo en lugar de nada?” Y aún más: ¿Cómo ha ocurrido en el proceso de desarrollo del universo que apareciera precisamente este planeta y la vida que sobre él existe hasta llegar al final de todo el proceso a la humanidad?

Quienquiera que diga que todo esto se produjo por la ciega interacción entre el azar y la necesidad, tendrá que explicar cómo una tal sucesión de “coincidencias” ocurrieron como si fueran necesarias, a lo largo del desarrollo cósmico, para preparar en la tierra un ambiente vital ideal para el hombre. Los especialistas dedicados a la investigación de las precondiciones necesarias para todo esto, hablan del “principio antrópico”. Todo parece como si fuera dirigido desde lo total a lo individual, por un plan maestro, del que podemos descubrir con sorpresa, solamente pequeños fragmentos.

La fe nos dice que este plan es obra de una inteligencia sabia, infinita y amorosa (CiC 295). El relato bíblico de la “creación en seis días” (Gen 1) no nos dice en detalle cómo fueron creados cielos y tierra pero sí afirman que fueron creados por Dios, y, aún más, que su gran diversidad fue querida por Él (“cada uno según su especie”). La inmensurable variedad de seres en el mundo es una expresión de la magnificencia de Dios. Debemos pues mostrar respeto por la individualidad de cada criatura. Este es el fundamento de una aproximación moral a la creación (CIC 339).

Esta también implícito en el relato de la creación la solidaridad entre todas las criaturas (CIC 344). Todas ellas, grandes y pequeñas, tienen el mismo Creador que las ha colocado en la tierra compartiendo un común medio de vida. Todas ellas poseen un destino que va más allá de cielos y tierra, a saber, la Nueva Creación (CIC 1046), el eterno Reinado de Dios.